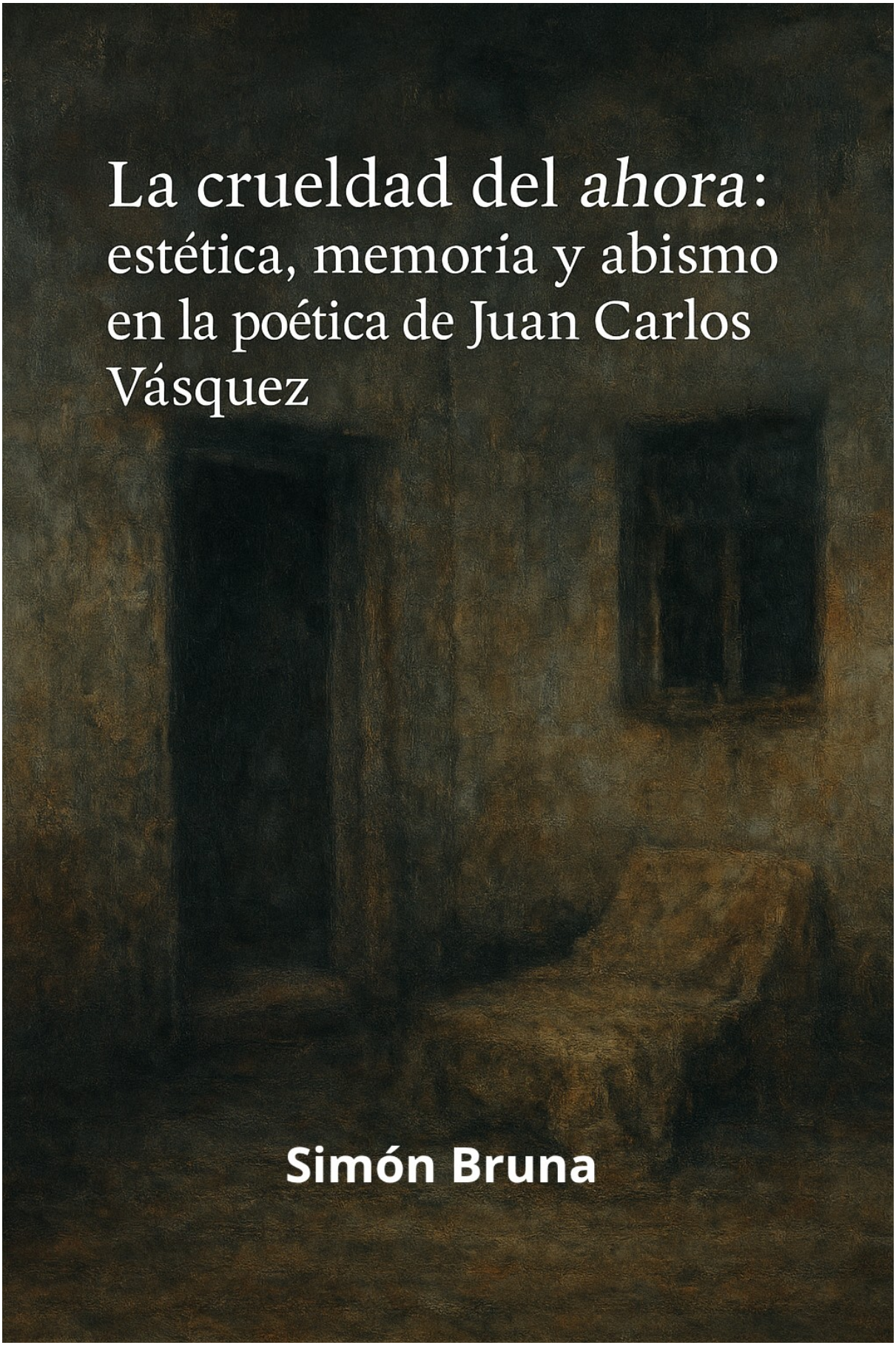
La crueldad del *ahora*:
estética, memoria y abismo en la poética de Juan Carlos Vásquez
Simón Bruna

La crueldad del ahora*: Estética, memoria y abismo" en la poética de Juan Carlos Vásquez*, por Simón Bruna

El poeta Juan Carlos Vásquez nació en Valencia, Venezuela, el 20 de diciembre de 1972. Su obra poética pertenece a la generación del año 2000, la cual se caracteriza por incorporar una gran variedad de elementos extrapoéticos, tanto urbanos como filosóficos, en su creación artística. Vásquez, consciente o inconscientemente, buscó, por un lado, eliminar de manera rápida y definitiva las influencias directas de otros autores, incluso los de la llamada contracultura. Con esto, pretendía abrirse a un amplio espectro de posibilidades, incluyendo aportes de la literatura anglosajona y de autores como Emil Michel Cioran, Henry David Thoreau, Thomas Ligotti y también latinoamericanos como, Jaime Sáenz, José Barroeta e incluso Alberto Jiménez Ure. En un extracto del artículo titulado «Cárdenas convicto por haber consumado literatura», Ure dice estar persuadido de que las generaciones de escritores y poetas «de relevo» que ha leído como Moisés Cárdenas, Agmary Feder y Juan Carlos Vásquez, por ejemplo, crean bajo lo que llaman «Diestra Ortodoxia». Estos autores poseen talento y habilidad para evitar caer en una ruptura manierista, furtiva o meramente comercial. Saben que la opción de la «Anti-Literatura» no representa una verdadera expresión contracultural en tiempos en los que nadie cuestiona ética ni estéticamente lo que dice o hace.

Con esa misma clasificación, parece estar de acuerdo otro escritor que ha reseñado la obra de Vásquez, Luis Benítez. En su trabajo para la revista «La Resonance», expresa lo siguiente en su comentario:

"“Pocas veces un autor ha logrado antes plasmar con tanta crudeza el escepticismo del hombre contemporáneo como lo

ha hecho Juan Carlos Vásquez. Sus versos configuran una poética del desencanto, describen un mundo “desangelado”, donde las pocas ilusiones que le quedaban al siglo XX se han transformado en las pesadillas del XXI. El poeta apela a lo autobiográfico –es mayoritariamente la suya una poesía del yo- para ilustrar con la primera persona del singular el nosotros general, sumido en las perplejidades del ahora, que es un tiempo amenazado no ya por las dolorosas reminiscencias del pasado o por el chantaje del porvenir, que proyecta su sombra sobre el presente prometiendo arruinarlo todo en cualquier momento; en la poesía de Vásquez el mal –que es un mal político (lo objetivo por antonomasia) y a la vez subjetivo- es parte de la esencia misma de ese ahora fatídico. Agudamente, el autor no se separa de eso que contempla, sino que se sabe inmerso en ello como parte constituyente y principal. Vásquez no condesciende a la lástima ni a un simple desasosiego; no tiene la mirada del observador omnisciente y separado, que contempla y juzga y que moraliza satisfecho. Tiene la visión de quien se sabe manchado por esas mismas lacras, por el hecho de ser contemporáneo y así, configura una metáfora general, aplicable a toda la especie: una crueldad en verso libre, tan bien lograda como poéticamente eficiente”.

En otra reseña para la revista “La Résonance - Francia” y su análisis editorial del poema “La fiesta”, fechada el 1–10–2007, señala: La poesía de Juan Carlos Vásquez tiende de una manera insistente a la abstracción y al ensueño. El poeta transcribe sus estados de ánimo: compara la poesía con la vida y el infierno con el deseo. Su más caro anhelo parece ser aprehender lo inaccesible, algo que tuvo delante de sus ojos y que su memoria no pudo grabar con la precisión debida. En el poema “La Fiesta”, Juan Carlos Vásquez, describe las imágenes del vino desatándose en forma de auxilio (el ansia de escapar a la soledad) para

hacer estallar pirotecnias que enceguecen sus ojos. «Los poemas de ensueño de Juan Carlos Vasquez».

> En su esquina, / la silla, el vino desatándose en forma de auxilio, / para centrar un punto y /pensar, / mientras se filtran mis pupilas, / para sucumbir al sonido, / con los nervios rotos y estallar de euforia.

En el panorama reciente de su producción, la obra de este autor se articula en torno a un significativo retorno al locus amoenus de su origen. Tras un periplo de veinticinco años fuera de su país, doce de ellos continuos y marcados por una escasa producción poética, esta vuelta a la génesis creativa se perfila como un movimiento definitivo. Es preciso señalar que Juan Carlos Vásquez reconecta con las fuentes primigenias de su poesía después de una prolongada inmersión en los territorios de la narrativa. Este reencuentro con su ciudad natal, con la atmósfera primigenia del hogar y con las resonancias de la infancia, revela la profunda impronta que estos elementos ejercieron en su posterior desarrollo artístico. Vásquez no espero y se internó en el mismo monstruo que describe.

Al adentrarnos en este corpus poético más reciente, la expectativa inherente al regreso se confronta con la palpable constatación de las ausencias definitivas. De este modo, la geografía sentimental, aquella que se moldea intrínsecamente con el devenir temporal, se ve progresivamente circunscrita a los dominios de la memoria individual. En este contexto, emergen como elementos definitorios en la poética de Juan Carlos Vásquez la presencia constante de la muerte, la latente posibilidad del suicidio, la perdurabilidad del amor, la recurrente evocación del espacio doméstico y los vínculos afectivos, siendo la

habitación un ámbito simbólico donde convergen múltiples estratos temporales y emocionales

Los poemas que siguen no nos hablan del retorno como refugio, sino como inmersión en lo profundo, en lo no resuelto. La casa —centro simbólico del pasado, del origen y del cuerpo— aparece aquí transformada: ya no es un lugar seguro, sino un territorio donde la memoria y el inconsciente se funden en formas sensoriales…

1.

Cita del domingo para clarificar el orden de las benzodiacepinas — en ese parque al frente, recoger mangos — y hablar de recluidos. La barbarie de sus actos contrasta con el reverdecer de los árboles.

— El informe médico no lo dice — lo presume…

Y aun así, nos sentamos en la banca, como si hablar bastara, — como si el apellido Villegas no lo supiera — .

2.

Nos pregunta si ya hicimos la tarea. Nos encogemos de hombros — mi hermana más.

Cuando ella olvida dónde están las cosas, sonríe.

No sabe cómo se enciende la cocina, cómo se abrocha el pantalón

—pero repite que papá viene—... el olvido, dice, es como un descanso.

Ella enseñaba: a leer, a cruzar la calle, a no llorar por tonterías. Ahora se acuesta. Se tapa la cara. No siempre sabe por qué. Yo sí, pero me hago el que no.

Afuera las aves de rapiña rondan la casa —adentro, todo cae al mismo ritmo.

La mesa, el concreto, sus piernas...

3.

Veinticinco años después la fiera extinta vuelve a la cámara de gas, más dócil y más débil, como un animal herido que se entrega a su captor...

4.

Cada minuto es un triunfo ante el espiral cóncavo que habita bajo la cama, cuando absorve te arranca las uñas, cuando habla te invita a quebrar los vidrios de la ventana y a cortarte. Si hay profundidad no es comprobable porque una vez adentro, nunca sales.

5.

Puse la granada sobre la mesa — las paredes, los libros, las caras de los que me dijeron que aguantara un poco más, ella.

— Todo mira desde el margen — la palabra, la casa, el yo.

Todo está encendido para arder despacio.

Tal vez como registro — o como rastro de sangre.

La granada sigue ahí — quieta, como una posibilidad que espera la orden.

Pero algo ya explotó adentro.

Lo sabes cuando el silencio pesa más que un estallido.

6.

165 grados y un mosquito de 3.5 metros que ronda mi oreja; me extrae 700 litros de sangre, un pulmón y un pedazo de víscera.

Cabe señalar, además, la irrupción puntual pero significativa de otros escenarios geográficos que, en momentos cruciales y específicos de su biografía, moldearon su percepción del mundo. Ciudades como San Francisco, y Nueva York, inmortalizadas en los versos de "Otoño", "Golden Gate Bridge" y "Sangre" pertenecientes a su libro "Colapso", testimonian la expansión de su cartografía sentimental más allá del terruño natal.

Gisela Morales, sobrina del escritor Jaime Sáenz Guzmán y responsable de su archivo y derechos de autor, hace alusión a la vida en tránsito de Juan Carlos Vásquez: Está entre un

lugar y otro distinto. No es de este ni de aquel sitio. Logra más rupturas que lazos. Tal cual errante, vive y resiste diferentes ciudades y experiencias, en un ciclo sin fin, que condiciona la repetida partida y la constante necesidad de escribir como “desahogo y liberación del alma. Para ser él mismo y así sentirse pleno”.

Estos poemas que exponemos a continuación actúan como ventanas a instantes epifánicos vividos en otros confines, dejando una huella indeleble en su sensibilidad poética.

> Viene, se respira al deshojarse, cada vez que sopla siento el tiempo al revés, el frío con su precisión despigmentando el parque, oscuramente comprendo que es un honor que es parte del misterio presenciar lo extraño. He viajado todos los días todas las carreteras para pisar las hojas secas, muertas, desunidas, muertas, rotas, multiplicadas, avanzando a descubrir los últimos matices de las fibras luminosas. Todo se despide ante la congelación, son pocos los días y las semanas aún quedan árboles rojos, decaídos, fatales. Siento como un lujo esta muerte este instinto tan exaltado. Desde todas partes saltan las campanadas, la imagen flaca y desprotegida de las ramas entonces me sueño entre las especies y las formas que acompañan la materia. Todo comienza con el corte en la distancia, gravedad más allá de lo que sostiene, pasear y petrificarse mientras el sueño es un eco del pasado confundiéndose con el futuro. Todo comienza cuando permaneces intacto y mudo abres los ojos y la boca enmudece la palabra y en el límite que se desprende te desprendes lentamente. Fue entre él y yo todo lo que se va, despertar en la proximidad glacial y advertirme

> como todo desencaja hasta encontrarse la realidad más descarnada en un filamento de seda casi imperceptible… (Otoño)

La sensación de que "el tiempo va al revés" podría reflejar esa pausa en la vitalidad exuberante del verano, una entrada en un ritmo más lento y contemplativo. Incluso la "oscura comprensión" de presenciar lo extraño podría relacionarse con la belleza melancólica y la sensación de finitud que trae la estación en medio de la bulliciosa ciudad.

"Otoño" resuena con la experiencia de Central Park transformándose, un espacio donde la naturaleza sigue su ciclo implacable incluso en el corazón de una metrópolis.

En Golden Gate Bridge se percibe un viaje definitivo;

> Jay con cuerdas, Keith con vodka y yo, tenemos un amigo que nos invita, que hace pabellones de oro con peces y algas marinas, que ayuda a la familia a volar. Como vuelan los sueños para despertarte de un fondo, al dorso de la sombra bajo el trino desnudo de los pájaros, esa inmensidad del paisaje, y surge un alivio. Ve, te enseñará todo sin palabras inútiles. ¿Quieres? de arriba a abajo con traje y bebiendo un gin-tonic. Jay con píldoras, Keith AA y yo, tenemos un amigo que tiene miles de amigos, que han llegado a revolotear los brazos en un esfuerzo por volar. Porque te saldrán alas, unas guirnaldas funestas regadas con agonía oceánica. Ve, asómate a la reja concediendo al deseo sus caprichos, con las manos firmes, flexionando las rodillas mientras contemplas el navegar de un velero. Jay, Keith, tú y yo tenemos un amigo que une, que dicta el

> camino donde se concentran los puntos de fuga, la rapidez del viento sin desviar la caída, cuatro segundos, ciento veintiún kilómetros por hora. (Golden Gate Bridge)

"Golden Gate Bridge" se presenta como un poema enigmático y evocador, teñido de una atmósfera entre la celebración y la oscuridad, utilizando el icónico puente de San Francisco como telón de fondo y posible metáfora.

La mención inicial de "Jay con cuerdas, Keith con vodka y yo" introduce un grupo y un ambiente posiblemente asociado a excesos o escapes de la realidad. La figura del "amigo que nos invita" se describe con imágenes oníricas y casi fantásticas: "pabellones de oro con peces y algas marinas", "ayuda a la familia a volar". Esta "ayuda a volar" podría interpretarse de manera literal (un escape, una evasión) o de forma más oscura (una alusión al suicidio, dada la trágica historia del puente).

La invitación "¿Quieres? de arriba a abajo con traje y bebiendo un gin-tonic" añade un toque de sofisticación y quizás de ironía o desafío ante la idea de la caída o el salto.

La segunda estrofa introduce una repetición del grupo, pero esta vez con "Jay con píldoras, Keith AA y yo", sugiriendo luchas con adicciones o problemas personales.

La última estrofa une al grupo ("Jay, Keith, tú y yo") con el "amigo que une", que "dicta el camino donde se concentran los puntos de fuga". Esta imagen del "punto de fuga" puede referirse tanto a la perspectiva visual desde el puente como a un punto de no retorno. La mención de "la rapidez del viento sin desviar la caída, cuatro segundos, ciento veintiún

kilómetros por hora" introduce una frialdad matemática y una precisión escalofriante sobre la realidad física del salto.

"Golden Gate Bridge" es un poema complejo que utiliza la icónica estructura como un punto de encuentro para la desesperación, la posible evasión y la contemplación de la vida y la muerte. La figura del "amigo" es ambigua, pudiendo ser una invitación a la libertad o a la autodestrucción. El poema oscila entre imágenes de belleza (el paisaje, el velero) y de oscuridad y peligro (las "guirnaldas funestas", la velocidad de la caída), dejando al lector con una sensación inquietante y reflexiva sobre las fragilidades humanas y los límites entre el deseo y la desesperación.

En Sangre, Manhattan absorbe hasta lo indecible;

> Sangre, voz que gotea, dime cuánto caminaré por estas calles de desparramada niebla, aguardando encajes, encajando piezas. Tiempo en que todo debería ser proscrito, y es que recuerdo las amenazas antes de empezar a disiparse, entonces me sentaba confiado hasta que dejaba de ser, y sin lucha, enfermo y saltaba al cuarto para proyectar el futuro con el recuerdo. Soportando zumbidos de contravientos, observando a mi mano haciendo trazos, echando todo contra la pared para poner a tropezar a otros, desentendiéndome para luego culparme. Inconfundibles noches de Manhattan, sorpresas todas en un mundo sin nombre donde la abominación del vicio en nuestro moderno medieval abre una fosa comunitaria. (Sangre)

"Sangre" sitúa su atmósfera en las "inconfundibles noches de Manhattan", un telón de fondo urbano que contrasta con la visceralidad y la oscuridad de las emociones expresadas. El poema se siente como una introspección cruda y fragmentada, marcada por la frustración, la rabia contenida y una sensación de alienación en medio de la vida cotidiana.

Con la repetición de "Sangre" que aparece inesperadamente y la acción de hacer una "retrospección se sugiere un intento de comprender o contener esa parte oscura y visceral del yo a través de la reflexión y el lenguaje, aunque la sensación de estar atrapado ("jaulas") persiste. La voz poética se debate entre impulsos violentos, la sensación de futilidad y un intento constante de comprender y contener las propias emociones salvajes..

El lado oscuro inherente a la poética de Vásquez permanece siempre a la vista. Su invocación a la muerte, aquí intrínsecamente confundida con las nociones del amor, la sexualidad, la venganza y el suicidio como una liberación, se expresa con una violencia que no se disimula.

Empero, la fuerza de la página no reside únicamente en la significación individual de los términos, sino en la potente conexión que se establece entre estos diversos motivos.

Pero, trascendiendo la mera comprensión de las palabras, lo que la página nos revela como particularmente significativo es la intrínseca relación y el ensamblaje de estos diversos factores temáticos.

Como dice Boris Rozas (poeta argentino).

Tampoco yo creo que la solución pase por los habituales Dioses del cielo, más intemperie que otra cosa, pero también es muy cierto que a muchos la poesía nos ha dado algo por

lo que creer y celebrar. Claro que la vida no nos rima por más que lo intentemos, chirrían los tristes engranajes de este mundo a veces mudo, desafina toda esta partitura por tantos nidos faltos de impulso que uno en efecto se calza inválido, clamando al viento por esa carencia de pureza tan elemental. Y es entonces, querido Juan Carlos Vásquez (Venezuela, 1972), cuando a uno le toca reinventarse a través de otras poéticas más biológicas, como se nota que tú has hecho. Claro que la vida no nos rima por más que lo intentemos, pero el empeño es tan sublime y magnífico como difícil de sujetar para el poeta que sufre de alma desbocada, no es el odio el que nos motiva, el odio nos contrarresta y seguramente nos equilibra. “Contra la nada, y de la nada enuncio y doy forma, imagino estar.” Mientras se inicia el día con la rebelión controlada de Chase & amp; Status, me llega la poética directa y visceral de Juan Carlos Vásquez, que sugiere tanto como enciende. Que la poesía encienda pues lo que la vida apague.

O como también sugiere para finalizar Rubén López Rodrigue (escritor y editor colombiano, fundador de la revista Rampa)».

En su ardiente denostación de los tiempos modernos, a todo poeta, así lo ignore, le toca atravesar el desierto que con dolor destruye toda verdad de que se es dueño. En estos poemas de Juan Carlos Vásquez llega la noche impregnada de enfados, satisfacciones, ausencias, preguntas sin respuestas, examen de sí mismo cuya balanza se inclina más hacia el desespero. Robert Graves ha dicho con sabiduría que en esta época «el dinero puede comprar casi todo menos la verdad y a casi todo menos el poeta poseído

de la verdad». Pertenecer «a un sueño interminable / que se vuelve aburrido / y agotador» es evidenciar los sueños con su poder de revelación de la vida, cuando la realidad muestra su rostro de carencia o pérdida. Surge la estupidez, esa estupidez humana de la que tanto nos habla un escritor triste como Flaubert. El inútil razonamiento ante el inevitable fin de las cosas, aunque el poeta pueda tejer la razón y destejerla hasta las hilachas de locura. Cuestión que por la cadena asociativa nos lleva a pensar en el oscuro y frío mundo del racionalismo que la experiencia kantiana les había ofrecido a los jóvenes románticos. «Juan Carlos Vásquez: denostación de los tiempos modernos. Rubén López Rodrigue (escritor y editor colombiano, fue el fundador de la revista Rampa)».

Sin duda, la distancia lo llevó a retratarse desde la lejanía, pero nunca dejó de volver a esa cápsula de retroalimentación que fue —y sigue siendo— su casa. Aunque Juan Carlos Vásquez ha escrito solo dos poemarios (el segundo en proceso de publicación), su impulso narrativo lo llevó a escribir tres libros más de narrativa. ¿Y por qué mencionarlos? Porque quien los lea reconocerá de inmediato el ritmo y la cadencia poética que los atraviesan. La relación entre poesía y narrativa es, por tanto, intrínseca. ¿Narrador o poeta? Ambos. Esperamos con entusiasmo su nuevo libro: “De vuelta a casa” y damos gracias por esos matices previos que nos ha regalado.